

en la cofia, Mónica evocaba mil recuerdos del tiempo pasado. Aquel rostro serio había sido dulce en otro tiempo cuando se inclinaba sobre la cuna en que dormía la niña que apenas andaba. Aquellos ojos cercados de arrugas habían llorado después: la boca que sonreía á la niña querida y la prodigaba palabras acariciadoras, se había cuajado en una expresión firme y dolorosa; pero sin embargo, ¡cuánta bondad en aquella madre bajo su ruda apariencia!

Mónica se acordaba de que en otro tiempo había rodeado con sus manecitas aquel rostro tan poco comunicativo hoy. ¿Es que para los niños como para los pájaros hay un tiempo feliz en que sus padres los quieren y los miman, y otro tiempo luego en que, tratados como extraños se ven arrojados del hogar y del nido?

Si Clemencia quisiera, Mónica no se iría. Con un poco del dinero que guardaba para sus últimos días la anciana á quien la miseria asustaba, podrían casarse inmediatamente sin temor á los azares de la vida; pero Clemencia quería que los jóvenes se hicieran por sí mismos el nido... ¡Otra idea de pájaro y bien poco caritativa!

Mónica, con el corazón oprimido y conteniendo sus lágrimas, pensó en Marín Bonami. Este sería el que sentiría pena cuando ella se marchara. Ignorante de lo que era el amor, comprendía, no obstante, que el joven iba á vivir en profunda melancolía esperando en la fecha lejana que los hiciera el uno del otro. Pensó en ello un minuto, pero su imaginación inestable se desprendió de aquella meditación de cosas desconocidas que la entristecían y la fatigaban al mismo tiempo, y volvía á pensar en sí misma.

Rouen era una gran población, y era indudable que vería allí sorprendentes novedades. Debía haber sorprendentes almacenes con telas, muebles y joyas, con cosas de las que ni idea se tiene en un pueblo. Si la señora á la cual iba á servir era buena, le haría regalos: cintas, fichúes, un delantal de seda quizá, y más tar-

de... si le dieran... más tarde, cuando fuera á casarse... ¿si le dieran un reloj de oro?...!

Creyéndose muy sabia, se burló de aquel pensamiento y se encogió de hombros ante su propia quimera. ¡Un reloj de oro! ¡Qué inverosimilitud! ¡qué absurdo! En fin, algo le darían; ella no sabía qué, y cuando regresara ¡qué júbilo al enseñar los hermosos regalos que hubiera recibido en prueba de satisfacción por su buena conducta! Su madre, que la trataba siempre como á una niña, vería entonces que Mónica podía ser mujer de talento sin que hubiera necesidad de estar reprendiéndola siempre, como ella lo hacía.

—¡Mónica! te has vuelto á olvidar de darle de comer á las gallinas—dijo Clemencia con acento fosco—desde que tienes el pensamiento de casarte, no sirves para nada. En verdad, que harás muy bien en irte.

La joven se levantó á la primera palabra y llenó el delantal de grano que sacó de un cofre.

—Allá—pensó encolerizada—no irán tras de mí siempre con palabras duras, y, de otra parte, no las toleraré. Bastante tiempo me han tratado como á una bestia con palabras que son como latigazos.

Y su pensamiento se volvió de repente con gratitud hacia Marín que le había evitado siempre tantas penas y que nunca le había hablado sino con dulzura.

V

Todo acaba por llegar, hasta las contestaciones á las cartas que han sido escritas mucho tiempo antes.

Un día de agosto, en que un ventarrón llevaba hasta lo alto del acantilado las blancas mariposas del mar, girones arrancados á la espuma que las olas formaban en las rompientes, el señor alcalde tomó el camino que conducía al mar, llevando una carta en el bolsillo y

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"ALFONSO GARCÍA"
MEXICO

las manos cruzadas á la espalda.

Era día de helechos: las señoritas Mahaut con sus amigas y dos ó tres jóvenes, cortaban los altos y alados tallos semeando plumas, á fin de hacerlos secar para las fogatas de otoño. Aquel trabajo era considerado como una especie de recreo al cual eran invitados los amigos. La señorita Mahaut había ofrecido que enviaría á las cuatro cidra y galleta para merendar. Clemencia y su hija habían sido consideradas como amigas y hoz en mano trabajaban como las demás. Bonami se había ofrecido para estar cerca de su novia, y segaba él solo como cuatro.

Daba gusto ver el acantilado con las gorritas blancas de las segadoras que lo esmaltaban á mitad de altura con manchas deslumbrantes. Se reía fuerte, se hablaba alto, porque estaban lejos los unos de los otros: las bromas no eran de las más finas, pero sí francas y todos podían oírlas.

El señor Mahaut se detuvo un instante observando aquel bonito cuadro, cuyo único defecto era el de resultar los seres humanos ridículamente pequeños en presencia de la naturaleza, y luego avanzó pensando que, después de todo, las personas que trabajaban allí por su cuenta, por más que pareciesen del tamaño de las moscas, cortaban helechos que no estarían menos secos al día siguiente y sucesivos, porque aquel viento era á propósito para secarlos bien.

—¡ Ahí está papá con la galleta! — exclamó la mayor de las señoritas de Mahaut al ver á su padre.

Este hizo una señal negativa, y entonces todos los brazos se pararon, todos los espinazos encorvados se enderezaron y, poniéndose las manos sobre los ojos en forma de visera, todos miraron á aquel hombre extraño que iba allí sin pretexto alguno y por el placer único de verlos.

Mahaut se adelantó sin dejarse conmovir por la curiosidad general, y bajando á través de los guijarros con mucha nobleza, se dirigió á Mónica que lo

miraba con más atención aun que los demás.

—¿ Por qué me miras de ese modo? — dijo á la joven, que se puso colorada — harlo ves que traigo las manos vacías: la galleta no tardará en venir: permanece tranquila y nada perderás en ello.

El deseo de reír y de bromear un poco con Mónica, cedió el paso al sentimiento de su dignidad administrativa. Se irguió instintivamente mientras buscaba en el bolsillo de su chaleco la carta, que enseñó con cierto énfasis.

— Aquí dentro está tu destino, Mónica Brequet — dijo — procura, hija mía, que no tenga yo que arrepentirme nunca de haberme mezclado en tus asuntos.

Mónica no contestó: miraba la carta en donde estaba contenido su destino. Marín, que no se hallaba lejos, había palidecido, pero dominándose, había conseguido permanecer derecho en la pendiente abrupta siquiera le temblaran las piernas.

— Me escribe mi cuñada — dijo el señor Mahaut, — y me dice que ha tomado informes respecto á la persona de quien le hablé. Es la señora Dunois: su marido es director de un banco de comercio y de descuento.

El señor Mahaut se detuvo para comprobar el efecto de sus imponentes palabras, pero nadie se pudo explicar la situación social de un director de aquella especie. Sin embargo, la palabra director sonaba bien, y los semblantes tomaron una expresión recogida, Mónica escuchaba, mirando al alcalde.

— No puede andar más que de su sillón á su cama: hace algunos años que la pobre señora está enferma; soporta el mal con paciencia admirable, y es digna de los mayores elogios. Tú serás la que te cuidarás de ella, de servirla, de satisfacer sus menores deseos: tiene necesidad de una persona honrada y de carácter dulce: como tal te hemos recomendado, Mónica, y espero que harás honor á nuestra recomendación.

El momento era solemne. Todas las gorritas blancas que esmaltaban el acantilado, se habían agrupado

ya en torno del alcalde, un poco por debajo de él, de suerte que él dominaba literalmente la situación. Un murmullo aprobatorio saludó el fin de su discurso.

—Haré cuanto pueda, señor Mahaut—repuso Mónica.

El alcalde inclinó la cabeza en señal de satisfacción.

—¿Cuándo será necesario que me vaya?—preguntó la joven con vez ligeramente conmovida.

—Lo más pronto posible. Mañana es sábado... Será preciso marchar el lunes.

Mónica bajó los ojos y pareció reflexionar. El viento jugaba con los trozos de helecho ya medio secos y hacía de vez en cuando crugir la punta de un delantal ó las bridas de una gorra. Se esperaba la respuesta de la joven.

—Está bien—dijo—partiré, y muchas gracias.

—¡Ahí está la galleta!—exclamó una voz juvenil.

La galleta y la cidra llegaban en dos cestas llevadas por dos robustas mujeres: todos las rodearon: Mónica fué olvidada.

Clemencia y Marín seguían en sus puestos, mudos y graves. La joven se volvió hacia ellos.

—Ya lo véis—dijo—esto es hecho.

Clemencia abrió la boca para hablar, pero la cerró sin decir nada, y volviéndose, cortó con ademán distraído algunas varas de helecho. Marín dió dos pasos.

—Vente conmigo—le dijo.—Si te vas el lunes, tenemos que hablar. Bastante faena se ha hecho en el día.

Cogió á Mónica de la mano y se fué con ella á la parte baja del acantilado.

—¡Eh! ¡señores enamorados! vengan ustedes á tomar su parte de galleta—dijo la señorita Mahaut al ver que se separaban.

—Muchas gracias, señorita—no tenemos gana—repuso el joven sin detenerse.

Descendieron hasta abajo, tan lejos, que parecían á los ojos de los que se habían quedado á media cuesta, puntos movibles, y se sentaron en el extremo límite de

la tierra, allí donde las rocas, cubiertas de hinojo marino, quedan sumergidas en las grandes mareas.

Una aguja de granito los ocultaba á la vista de los trabajadores. Permanecieron silenciosos, desbordándose de su alma sentimientos que no podían expresar, mientras que Clemencia, que les había seguido con la vista en tanto que pudo verlos, se preguntaba si aquello era verdad y que si después de cuanto había hecho para conservarla, su hija había dejado ya de pertenecerle.

—¿De modo que te vas?—preguntó Marín á su novia, sin mirarla.

Le había soltado la mano y se había sentado á un paso de ella, de modo que los ojos de Mónica tuvieran precisión de fijarse en él.

—Ya lo ves—le contestó ella volviéndose.

Había arrancado una mata de hinojo marino y mordiscaba sus hojas.

—¿Y no lo sientes?

—Sí ¿y tú?

Marín guardó silencio. Ella volvió hacia él su fresco semblante, singularmente cambiado. La boca severa y la mirada profunda y triste, daban una expresión tan nueva al rostro infantil que había conquistado el corazón de Marín, que éste se sorprendió y la miró como si no la conociera.

—¡Yo!...—dijo.

De una manotada cogió, barriéndolos sobre la piedra, un puñado de grava y de conchas, tirándolas y luego repitió el movimiento dos ó tres veces maquinalmente, sin darse cuenta de ello, mientras que las comisuras de su boca, fuertemente apretadas, reprimían á duras penas un sollozo.

Mónica lo miraba con mezcla de emoción y curiosidad. ¿Era por ella, por la jovencita tratada hasta entonces con tan poca consideración, por la que aquel bravo mozo resistía valientemente al deseo de llorar? ¿Podía ella hacer correr las lágrimas de los hombres, esas lágrimas raras y preciosas que la desesperación

más profunda ó la angustia mortal son las únicas que arrancan á los ojos de los valientes?

Al primer amor de una joven va siempre unido algo de curiosidad. Ella quisiera saber cómo experimentan los hombres esos sentimientos que son, al parecer, tan dulces y conmovedores. Ella se admira de que parezcan tranquilos y contentos cuando ella se siente turbada, y no puede comprender que se conmuevan por cosas que á ellas les parecen sencillas.

Mónica no era una señorita civilizada, pero tenía una perspicacia natural que la hacía adivinar pronto y con seguridad.

—¡Cuánto me quiere!—se dijo llena de orgullo; y se consideraba segura del imperio que ejercía.—¡Teme que yo no lo quiera bastante! — fué su segundo pensamiento, mezclado de alguna, de muy poca compasiva ironía.

Y sin embargo, Marín tenía razón para temer: ella no lo quería bastante.

—¿Por qué estás tan triste?—le dijo extendiendo el brazo hacia él.

Marín hizo un ligero movimiento hacia atrás, y ella retiró la mano.

—¿Crees tú que me causa placer el que te vayas?—contestó él con cólera sorda.

—¿Qué quieres que yo haga?—replicó ella haciendo un ligero movimiento de hombros.—Nada puedo hacer en contrario: hartos sabes que si mi madre quisiera escucharme, no me iría...

Marín pareció enternecerse y, alargando entonces su mano, asió la de su prometida.

—Te vas—dijo con acento grave y lento—vas á llevar otra vida y á conocer otras gentes; pensarás también en cosas distintas, mientras que yo me quedaré en el país y no cambiaré.

—¿Por qué no te vienes á servir á Rouen?—exclamó de pronto y con alegría ella.

Bonami meneó la cabeza.

—Yo no soy más que un criado rural—dijo—un aldeano, y no estoy ya en edad de cambiar de costumbres, pero aun cuando pudiera hacerlo, no lo haría. Yo puedo ser un buen servidor en la granja de cualquier propietario rico, pero sería un mal pájaro enjaulado.

Mónica no comprendía bien la diferencia pero juzgó que sería inútil insistir.

—No seré yo quien cambie—dijo Marín continuando su pensamiento—seguiré siendo el mismo, contra viento y marea...

—¿Estás seguro de ello?—preguntó Mónica inclinándose un poco hacia él.

Marín sonrió tranquilamente.

—¿Ves esa roca negra que está ahí?—dijo extendiendo la mano derecha hacia un bloque de granito cubierto de algas, que las olas dejaban y envolvían alternativamente varias veces por minuto.—Unas veces está debajo del agua, otras veces está sobre ella, y sin embargo, ¿no la has visto siempre ahí desde que tú estás en el mundo? Ahí estaba antes, mucho antes que nosotros y cuando mi tatarabuelo el primer Bonami, edificó nuestra casa allá arriba, ahí estaba ya años y años. Esa roca no ha cambiado, sin embargo, y todos los que por aquí han venido le han visto siempre la misma forma. Pues bien, Mónica: yo soy como ella, duro para el sufrimiento, y siempre el mismo. Cuando temas que yo pueda cambiar, acuérdate de la roca negra, y tranquilízate.

—Es que yo—dijo la joven algo intimidada—tampoco cambiaré.

El la miró con tierna compasión.

—¡Tan joven—dijo—tan pequeña, tan poco mujer aun, y no hecha para sufrir penas... aunque cambiaras, no sería de admirar, ni tú tendrías la culpa de ello!

Mónica se sintió herida en su orgullo de novia y rompió á llorar.

—No sé por qué—dijo—has de decirme cosas que me dan pena. Yo te quiero todo cuanto puedo, y es en

ti una injusticia que la tomes conmigo en cosas que ni tú ni yo conocemos.

—Tienes razón—dijo Marín pasando su mano por los cabellos rebeldes que el viento agitaba en todos sentidos sobre el lindo y contristado rostro de la joven.

Ella sonrió y le miró confiadamente.

—¿Me escribirás?—preguntó Marín,—¿me escribirás cada quince días?

—Sí—repuso ella,—¿y tu también?

—No soy muy fuerte en escritura, pero también te escribiré: no enseñes á nadie mis cartas.

—¡Torpón! ¡si no conozco allí á nadie!

—Pronto harás conocimientos—dijo él,—¡con tal de que sean buenos!

Hízose de pronto la luz en el espíritu de Mónica.

—¿Eres celoso?—le preguntó riendo: tan chusca le pareció la idea.

El la miró un instante, hasta con enojo, y le contestó en seguida.

—Quizá ¿y aun que así fuera?

Mónica vaciló, sonrió y luego se puso seria: el semblante de su novio no provocaba la sonrisa.

—¿No tiene uno el derecho de estar celoso de su mujer?—dijo Marín con acento duro,—pues más debe tenerlo para estar celoso de su novia, porque á la mujer ya se la tiene, mientras que á la novia... y á una novia que se va tan lejos...

Así con desesperación las dos manos de la joven, y mirándola con suprema ternura, exclamó:

—¡Mónica, no me engañes; no quieras á nadie sino á mí; no tengas confianza en quien no sea yo; se honrada para mí! Porque si tú no me quisieras... ¿Ves ese agujero... ahí, bajo las rocas?... ¡Pues en él me arrojaría con una piedra atada al cuello, tan cierto como que los dos estamos aquí!... y que tú estás llorando—añadió inclinándose hacia la joven y enjugando sus lágrimas con sus labios.

Una llamarada pasó de repente por el corazón mal

despierto aun de Mónica, y esta miró á su novio en los ojos atrevidamente.

—No querré á nadie sino á ti, ni tendré confianza en nadie más que en ti—dijo.—Puedes contar conmigo como con tu fiel mujer.

Ambos cambiaron un beso y permanecieron mudos, agoviados por la impresión de un misterio solemne que sobrecogía á uno y á otra, casi sin que se dieran cuenta de ello.

Marín dirigió la vista hacia lo alto del acantilado.

—Te busca tu madre—dijo á Mónica,—vamos hacia arriba á reunirnos con ella: no demos lugar á que se burlen de nosotros, porque no lo merecemos.

Despacio y como personas acostumbradas á transitar por aquellos parajes, ganaron los cien metros de altura, y llegaron cerca de los trabajadores sin haber cambiado entre sí más palabras.

Tenían el aspecto tan serio, tan triste, que las bromas espiraron en los labios de los que intentaron darlas.

Había terminado la merienda, y aun se estuvo segando helecho un par de horas, tras lo cual, la alegre banda tomó el camino del pueblo y se fué luego disgregando en las puertas de las casas. Clemencia y su hija quedaron las últimas, acompañadas de Marín que las seguía silenciosamente.

Cuando los tres se hallaron solos en la plaza, ante la casa del señor Mahaut, cambiaron entre sí una mirada llena de discursos mudos.

—Le ha dado usted buenos consejos—dijo Clemencia á su futuro yerno,—y como éste la mirara algo sorprendido, añadió:—Se conoce á la legua: tiene el semblante alterado. Así estaba cuando hizo su primera comunión. Vamos, Marín: véngase usted á cenar con nosotros, y mañana también, puesto que se va el lunes.

Clemencia entró en su casita, y ellos la siguieron sin abandonar su seria gravedad.

VI

A las ocho de la mañana del lunes siguiente estaba Mónica con un pequeño lío en la mano y una vieja maleta junto á ella, en el extremo de la plaza de Champcey, cerca de la iglesia, allí donde el mayoral se detiene para dar un pienso á los caballos.

La maletita estaba, á la verdad, bastante deteriorada: olvidada en el granero, se había llenado de polvo; pero se la había limpiado cuidadosamente, frotado y cepillado por dentro y por fuera; se le había engrasado la cerradura enmohecida, y estaba dispuesta á seguir á la hija como en otros tiempos había seguido al padre.

Sería muy aventurado decir que todo Champcey asistía á la marcha de Mónica, pero á fuer de justos, diremos que concurría la mitad ó más del elemento femenino y algunas representaciones del masculino.

Era aquel un acontecimiento. Champcey no había presenciado nunca semejantes expatriaciones. Alguna que otra vez había remontado su vuelo alguna joven para no volver más, pero aquellas desapariciones clandestinas carecieron de solemnidad. En la ocasión presente, Mónica Brequet representaba al país, al pueblo de Champcey, inmolado en el altar del deber y de la obediencia filial.

—Es arriesgar demasiado—decían las matronas moviendo la cabeza.—Yo no enviaría á mi hija de esa manera, tan lejos y sola.

—¡Qué feliz es!—pensaban las muchachas al mismo tiempo que fingían desdén profundo hacia el gusto aventurero que lanzaba á un largo viaje en proceloso mar á aquella navecilla inexperta.

Clemencia permanecía impasible: tenía el semblante pálido y más rígidos que de costumbre los severos ras

gos de su fisonomía, pero en vano se hubiera querido sorprender en su boca ó en sus ojos la menor señal de emoción.

Mónica no lloraba ya, pero se conocía que había llorado: aun le temblaban de vez en cuando los labios, y su pecho exhalaba profundos suspiros, como un niño mal consolado.

Vióse la diligencia aparecer por el recodo del camino en medio de un ¡Ah! general. El mayoral saltó del pescante precipadamente, pues traía diez minutos de retraso, les quitó el freno á los caballos y les echó el pienso.

En el momento se acercaron á Mónica los grupos, y el señor Mahaut salió de su casa seguido de su estado mayor ordinario, su mujer y sus hijas: llevaba en la mano, dentro de un soberbio sobre encarnado, la carta oficial que debía entregar Mónica á sus protectores.

—Todo está listo—dijo,—irán á esperarte á la estación: no tienes otra cosa que hacer que dejarte conducir por el mayoral hasta el camino de hierro; es un buen hombre que ayer me prometió no dejarte hasta que hayas tomado el tren. Hasta la vista, Mónica Brequet: sé honrada y buena servidora: honra á tu país, y á tu regreso, el país te honrará.

Después de esta frase majestuosa, el señor Mahaut estrechó fuertemente la mano de su protegida y se volvió á su casa. La señora Mahaut se acercó á su vez con una cesta tapada con una servilleta, conteniendo una pella de manteca laborada por sus manos para que Mónica la entregase á su hermana. Sus recomendaciones fueron largas y tan precisas, que era imposible separarse de ellas en punto alguno.

La joven viajera la escuchaba distraidamente y se preguntaba, durante la peroración, por qué no estaba allí Marín. Lo había visto un instante al amanecer cuando fué por última vez á buscar agua á la fuente, pero habían cambiado entre sí pocas palabras, porque

cuando se tienen muchas cosas que decir, casi no se dice nada, y luego, había esperado en vano verlo detenidamente. ¿Tendría que marcharse sin decirle adiós?

La ausencia de Marín daba motivo para muchos comentarios en el público: los más maliciosos suponían que se había ido á esperar el paso de la diligencia al pie de una empinada cuesta, á una legua de allí, en donde los viajeros se apeaban para aliviar en su peso á los caballos; otros decían que se había encerrado en su casa para no dejar ver su compunción, impropia de un hombre.

Mónica inquieta, incapaz de oír lo que le decían de todas partes, dirigió la vista hacia la iglesia que formaba uno de los frentes de la plaza, y vió en el cementerio, apoyado en la cruz de Victoria, al hombre á quien amaba, tal como lo había visto el día en que cambiaron sus palabras y sus promesas: el vallado de espinos y de escaramujos lo ocultaba casi por completo: era preciso saber que estaba allí para distinguirlo; pero el corazón de Mónica saltó bajo su fichú de muselina, y comprendió ella al ver la mirada que él le dirigía, que estaba allí hacía mucho tiempo.

—¡En marcha!—gritó el mayoral separando los caballos del pesebre para engancharlos de nuevo.

La puerta del cementerio gimió bajo sus goznes y Marín se acercó á su novia llevando en la mano una ramita de rosas blancas, cortada del rosal de Victoria.

—Hasta que nos volvamos á ver, Mónica—le dijo besándola tres veces mejilla contra mejilla á estilo del país normando.—Acuérdate de tu promesa: yo seré siempre el mismo.

Colocó por sí mismo las rosas en el fichú de la joven, como hizo el primer día, sin alterarse, ante las miradas de los curiosos, más de lo que se había alterado en la soledad del cementerio.

Mónica abrazó á su madre, se despidió apresuradamente de algunas amigas, y se encontró sentada en el cupé junto al mayoral.

Oyóse el chasquido del látigo y los caballos dieron el primer pechugón.

—¡Para siempre!—dijo la vigorosa voz de Marín Bonami, que fué la única que Mónica oyó entre el saludo de todos los asistentes.

La diligencia marchó al gran trote de los caballos y tomó el camino que bajaba un poco á la salida del pueblo. Por un momento, dicho camino trazaba una curva y se veía la iglesia á la izquierda, con la tumba de Victoria cubierta de rosas blancas. Marín había vuelto á ella, porque se veía una blusa azul que brillaba á los rayos del sol contra el viejo muro de piedras paralizadas.

Y luego, Champcey desapareció á los ojos de Mónica, cegados por las lágrimas.

VII

La señora Hortensia Dunois leía, sentada en su silla larga, con la parte superior del cuerpo sostenida por almohadones y los pies cubiertos por pieles ligeras que caían por ambos lados hasta el suelo.

Su rostro, que algunos años antes era de una frescura tal que los que se cruzaban con ella en la calle se volvían para verla, había adelgazado y se había afinado en parte, sin perder la delicada belleza de sus líneas. Había sido la hermosa señora Dunois, y era, cuando la presentamos á nuestros lectores, una mujer absolutamente hermosa que provocaba lástima.

Habían transcurrido diez años desde que se casó y los primeros habían sido felices para ella.

El señor Dunois poseía una hermosa fortuna y dirigía una de esas casas de banca en que los provincianos amontonan voluntariamente sus economías. Las imposiciones aisladamente consideradas, no eran de im-